

## Convergencia con reservas

JULIO ALMEIDA \*

“Todos los europeos comienzan a parecerse; se despegan gradualmente de las condiciones que dan nacimiento a razas ligadas al clima y a las clases sociales; se liberan cada vez más del medio definido que podría, en el transcurso de siglos, imprimir a las almas y a los cuerpos necesidades idénticas. Lo que se cumple es, pues, el lento advenimiento de una humanidad esencialmente supranacional y nómada, que fisiológicamente presenta como rasgo distintivo un *máximum* de fuerza y de poder de adaptación”.

(Nietzsche [1886], *Más allá del bien y del mal*, VIII, 242.)

La convergencia de España con los otros países europeos —ya Unión Europea— es tan evidente que no hay que insistir. Los “treinta años gloriosos”, que dicen ellos para referirse a la Europa de posguerra (1945-1975), fueron aquí también de desarrollo, como no podía ser de otra manera, y aun sin plan Marshall, con más lentitud, los españoles pudimos reconstruirnos gracias al esfuerzo de todos y a dos ayudas que nos trajo la historia cuando menos lo esperábamos: el turismo y la emigración; el turismo de quienes, creciendo gloriosamente gracias a la lluvia de millones de dólares americanos, se sentían atraídos por una España exótica y barata, y nuestra

emigración a esos países que necesitaban mano de obra extranjera. Cuando el régimen cambió, en noviembre de 1975, la transición económica estaba hecha en buena medida. Pero ya en democracia, después de la Constitución de 1978, hemos seguido convergiendo a buen ritmo: convergencia económica, hasta ponernos en el grupo de cabeza; y sobre todo convergencia política, lato y stricto sensu: basta contemplar el desarrollo de los deportes, si no fuera suficiente la estatura de nuestros jóvenes y su obesidad concomitante. Todo esto es sabido, pero se trata de un movimiento más general.

La cosa venía de atrás, y en 1886 un lúcido Nietzsche advierte lo que copio arriba: los europeos comienzan a parecerse, a despegarse de las condiciones de su nacimiento. Emigrando a las ciudades industriales, cuyo aire los hace libres, los europeos se liberan; menos adscritos a la gleba por la ley y por la costumbre, la herencia de los oficios, vieja como el hombre, se debilita o pasa a la historia y ahora toca a todos elegir profesión, aunque un Cervantes ya sabe que “cada cual se fabrica su destino”. A todos, aún no a todas. Se empieza a poder votar en las elecciones, pero tales privilegios corresponden de momento a los varones. Es la tesis doctoral de Durkheim en 1893: La división del trabajo social. Ya en el siglo XX, quien pasa por fundador de la antropología filosófica, Max Scheler, declara en una conferencia en Berlín, en 1927, algo que

\* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

merece recordarse: “Si tuviera que colocar sobre el portal de la etapa universal entrante un nombre que expresara su tendencia fundamental únicamente consideraría adecuado el de ‘nivelación’. Nivelación de casi todos los caracteres distintivos, tanto físicos como psíquicos (...), nivelación de las tirantezas raciales, de las mentalidades, de las concepciones acerca del mundo, de Dios, de sí mismo, de las grandes esferas culturales, sobre todo de Asia y Europa. Nivelación de lo específico del modo espiritual femenino y masculino en su dominio sobre la sociedad. Nivelación de capitalismo y socialismo, y con ello de la lógica de clases sociales...” (Metafísica de la libertad, pág. 196). Después de su muerte en 1928, algunas de estas nivelaciones, si no se han cumplido, se van cumpliendo lentamente. Acto continuo, Ralph Linton y Talcott Parsons establecen la distinción — que hoy nos parece obvia— de dos estatus o posiciones sociales, dos papeles o roles bien distintos: adscritos (por nacimiento) y adquiridos (por esfuerzo personal). Una cosa es ser de compleción recia, seco de carnes y enjuto de rostro, y otra ser gran madrugador y amigo de la caza. En fin, en esta sazón de nivelaciones tampoco hay que confundir el artículo 14 de la Constitución —los españoles son iguales ante la ley— con el hecho incontrovertible (otra vez Nietzsche) de que los hombres no son iguales.

Desde la filología se apunta en la misma dirección. En su último libro de 2005, Juan Ramón Lodares pronostica, siguiendo a Antoine Meillet, que las lenguas de Europa occidental acabarán pareciéndose mucho cuando los contactos entre sus hablantes se vayan estrechando (El porvenir del español, págs. 143 ss.). El filólogo ejemplifica: basta leer las instrucciones de un secador de pelo para ver cómo convergen las lenguas europeas. (Cuando un escritor como Borges escribe “vino rojo”, como dicen el francés, el inglés y el alemán, o cuando usa el verbo “negligir”, latino e italiano, ¿no está uniendo lenguas?) Y si nos fijamos en el portugués del Brasil —añade poco después—, basta advertir que no pocos brasileños confiesan que entienden mejor a un hablante de español que a un portugués de Portugal. Por cierto, el Brasil necesita hoy miles de profesores de español, segunda lengua extranjera en un país rodeado de lengua española por todas partes.

Si elevamos el punto de mira y nos situamos en la perspectiva del autor de una magna

Sociobiología; si vemos que la humanidad está emparentada, no sólo los humanos entre sí, sino con todas las demás formas de vida, como asevera uno de los biólogos más conspicuos de nuestro tiempo —Edward O. Wilson, profesor de la Universidad de Harvard, para algunos el Darwin del siglo XX—, entonces podemos considerar el asunto más radicalmente. A fines del siglo pasado, Wilson pretende conectar las ciencias con las humanidades. Ahí es nada. E informa: “La gran noticia en la evolución humana reciente no es el cambio direccional, ni la selección natural en absoluto, sino la homogeneización a través de la inmigración y el entrecruzamiento. A lo largo de la historia las poblaciones han estado en cambio continuo. (...) La mezcla se aceleró mucho cuando los europeos conquistaron el Nuevo Mundo y transportaron esclavos africanos a sus costas” (Consilience, págs. 397 s.). Desde el Descubrimiento han pasado quinientos años, unas veinte generaciones genealógicas.

(Hablando de 500 años. Cerrando este artículo, el papa Benedicto XVI es recibido en el aeropuerto de Múnich el 9 de setiembre por el presidente de Alemania. Al aludir éste a los 500 años de separación de las iglesias evangélicas, cuyo fin no se puede poner de un plumazo, responde el Papa: “Usted, querido señor Presidente de la República, con sus palabras, ha interpretado los pensamientos de mi corazón: si bien quinientos años no se pueden eliminar simplemente con una disposición burocrática o con un discurso inteligente, nos comprometeremos con el corazón y con la razón a converger mutuamente.” Alfa y Omega, 21.9.2006.)

Pero volvamos a España, hace unas tres generaciones históricas. Nuestro país se venía desarrollando regular, como acredita Julián Marías en Meditaciones sobre la sociedad española (1966), y los ejemplos pueden apreciarse por todas partes. Basta observar una coincidencia: cuando Toynbee empezó a hablar de posmodernidad, the Post-Modern Age, en España se mantenía el 50 por ciento de escolaridad en la enseñanza primaria: algo más de dos millones de españolitos dentro, y otros dos millones largos fuera de las aulas. Esto era hacia 1946. Al principiar El Espectador, en 1916, Ortega quiere dejar atrás la Modernidad en su célebre ensayo “Nada moderno y muy siglo XX”, pero ¿no se refiere a una parte de la sociedad española? De todo esto, de la

Modernidad desapareja española, y aun de su tratamiento subalterno y atrasado, habla con autoridad José Luis Pinillos en *El corazón del laberinto* (págs. 137, 179, 192). Sí, hacia 1950 la tasa de escolaridad española era la misma que en 1932, ¡la misma que en 1880! Al entrar en la segunda mitad del siglo XX, aún padecíamos un anómalo 50 por ciento de niños sin escuela. Véase el estupendo trabajo de José Luis Romero y Amando de Miguel, “La educación en España y su evolución”, en el volumen colectivo *La educación en España, 1970*, págs. 20 ss. Y en 1983, en un apartado “Escuelas, ¿para qué?”, de su libro mayor, iba al grano Carlos Lerena, primer sociólogo de la educación en España. “Realmente, en España no ha habido escuela primaria. Este es un tema que plantea la II República: medio siglo después de Jules Ferry. Aproximadamente, y en términos de tiempo, esa es la distancia — cincuenta, sesenta años, como mínimo— que para esta larga época puede constatararse cuando se examinan las diferencias entre las tasas de escolarización, o de analfabetismo, correspondientes a nuestro país y al conjunto europeo” (Reprimir y liberar, págs. 340 s.). Pero el punto de inflexión, si me permite el querido maestro desaparecido, es muy posterior a la República. Data de los años 60, del Ministerio Lora Tamayo (1962-1968). A la dictadura franquista no le importaba mucho la educación, pero la presión de un informe demoledor del Banco Mundial (presión de la historia universal) llevó a las Cortes a aprobar, el 23 de abril de 1964, la ley de Escolaridad Obligatoria de 6 a 14 años; era por entonces director general de Enseñanza Primaria Joaquín Tena Artigas. Al final de la década prodigiosa —al mismo tiempo que la televisión— la escuela para todos enfilaba la recta de la totalidad. Empieza a hablarse de sociedad de consumo. En fin, yo recuerdo a mis alumnos que sus padres suelen tener menos escolaridad que los abuelos de sus coetáneos franceses o alemanes.

La cuestión es, prosiguiendo mi artículo “Creciendo sin proporciones”, en el número anterior: ¿hasta qué punto y por qué España converge sin entusiasmo? Mejor dicho, ¿por qué ciertos españoles ofrecen resistencia, ponen tantas reservas a la razón europea, occidental? Algunos parecen cómodos a la antigua usanza; acaso les convienen esos usos viciosos, lo malo conocido que quieren cohonestar con lo nuevo, aunque no sea posible; y, haciendo cuentas extrañas, consideran los derechos antes que los deberes.

## Las reservas

Los datos estadísticos convergen, aunque a veces disuenan y se salen de madre. Pero las cosas económicas están claras, sobre todo cuando las explica Juan Velarde Fuertes. Después del éxito enorme del modelo Aznar-Rato, afirma, resulta que “un español en el año 2003 vivía como un norteamericano de 1991”. Doce años de retraso con la que Marías llama una vez la proa del mundo actual; retraso que en 1970 era de 48 años, y en 1959, cuando se abandonó el modelo castizo, ¡de 80 años! El profesor Velarde sabe de cuentas: “Respecto al bloque europeo de grandes naciones — Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia— los españoles en el año 2003 vivieron, económicamente, como los habitantes de estos países en 1999” (ABC, 12.7.2004). En su autorizada opinión, ahora el modelo laboral debe liquidar mil adherencias heredadas del modelo castizo vigente entre 1843 y 1959.

Con frecuencia tenemos hoy un crecimiento desproporcionado —sin cuenta y sin tiento, decían nuestros clásicos medievales—, como si nos encontráramos ante modas, ante los efectos miméticos de una secuacidad desaforada. Ya sabemos cómo estábamos escolarmente hace medio siglo, y como ahora vivimos más, hay infinidad de supervivientes, de castúos de otra época. Pues bien: “Entre 1970 y el año 2000 la tasa de escolarización terciaria se dobló en el mundo; en Europa se triplicó; pero en España se multiplicó casi por 6, pasando del 9% al 51%.” Estos datos enormes los aporta Emilio Lamo de Espinosa en un artículo, “Universidad española. ¿La hora de la calidad?”, en un suplemento monográfico de ABC sobre “El desafío de la enseñanza superior”, 5.6.2006. Catedrático de Sociología en la Universidad Complutense, Lamo de Espinosa, director general de Universidades a comienzos de los ochenta, conoce el paño, y ya desde el título interroga por la calidad. Las universidades viven en un 80 por ciento de la subvención del Estado: antes, del Estado central, hoy de las Comunidades Autónomas, dice Lamo de Espinosa. Como la Autonomía Universitaria está limitada por “la voracidad competencial de las CCAA”, volvemos a la vieja “oligarquía y caciquismo” de Costa, sólo que legalizada y multiplicada por 17. “Lo que significa que si esta subvención antes estaba politizada, aunque con criterios universalistas —

concluye—, hoy está hiper-politizada, pero frecuentemente con criterios particularistas.” Hasta aquí el ex secretario general, que aún precisa lo que nos interesa: esa subvención del Estado, ese gasto o inversión de cada Comunidad Autónoma, es muy bajo. El gasto anual por estudiante universitario es algo menos del 50 por ciento de la media de la OCDE, y un 25 por ciento del de Estados Unidos. No es pues casual que diecisiete de las veinte mejores universidades del mundo sean americanas, una japonesa y sólo dos europeas: Oxford y Cambridge. Algo deberíamos hacer.

“No podemos pretender tener sesenta Universidades como Harvard (indiscutiblemente, la mejor del mundo)”, asegura Lamo de Espinosa. No, claro, pero sí que podríamos aproximarnos, seguir algunas de sus estrategias, de sus principios. Allá cobran al alumno una buena cantidad, por lo pronto, para que sus padres se lo piensen, y hay becas para quienes han hecho un bachillerato notable; aquí, algunos estudiantes obtienen una beca, la cobran y ni aparecen por clase. Luego, pasan lista con los ojos, porque hay pocos alumnos en pocas clases. Pero aquí, el Consejo Social de cada Universidad propone anualmente que las matrículas de los estudiantes, baratas de suyo, suban el mínimo de la inflación y después la Junta suele ratificarlo, con lo cual el estudiante de la Universidad de Córdoba viene a pagar este año un promedio de 737 euros por algo que ya podría desestimar de entrada. Universitas minima. En la Universidad de la Sorbona, París IV, el estudiante abona unos 3.300 euros, respondía este verano el rector Jean-Robert Pitte a la revista Time (10.7.2006). Esto es menos de lo que se paga en Francia por una plaza en un jardín de infancia, comenta, y recuerda que en Princeton son 110.000 euros por año. En Alemania se abonan hoy mil euros al año, “ca. 500 Euro pro Semester”, dice Jochen Hörisch en *Die ungeliebte Universität*, un vibrante alegato publicado hace unos meses en Múnich para salvar nuestra institución, que empieza a dejar de ser querida; de ahí el subtítulo, *Rettet die Alma mater!* Profesor de Germanística en la Universidad de Mannheim, Hörisch subraya la linda paradoja que se pasa por alto: que las justamente famosas universidades norteamericanas, wie Harvard und Princeton, Yale und Stanford, Berkeley und Charlottesville, se orientan por el modelo de la alemana de Humboldt: independencia de la investigación, escasa

valoración de la burocracia, obligación de participar en la vida del campus, etcétera. Pero recordemos a Julián Marías, profesor en algunas de las citadas: “La Universidad americana es carísima”, dice en 1968. “¿Quién la paga? Ante todo, los estudiantes —mejor dicho, sus padres—” (*Análisis de los Estados Unidos*, en *Obras*, VIII, 111). Volviendo a Europa: en el Reino Unido, informaba *El País* el 9.11.2005, el costo anual de la matrícula querían subirlo a 4.434 euros en setiembre de 2006, más del doble que el año anterior. Pues bien, así ha sido. “Se ha abolido la tasa uniforme nacional —en torno a los 1.600 euros en el curso pasado— y se ha introducido un margen de libertad para fijar el precio de las matrículas hasta un máximo de 4.350 euros por año universitario”, dice el mismo periódico el 12 de setiembre de 2006.

Lo curioso es que en la Sorbona y en Princeton, en el gran Espacio Europeo de Educación Superior que viene, consensuado en Bolonia para 2010 —año en que se celebrará el II centenario de la Universidad de Humboldt—, las horas de clase son menos, muchas menos que en España. Los créditos anuales van a ser 60 por año; para el lego: hoy serían 600 horas; en el curso de 30 semanas lectivas, 20 por semana, cuatro razonables horas diarias que dejan, que dejarían tiempo para el estudio. Pero nosotros, cada año que pasa con un estudiante más común y numeroso, hemos venido superando todas las proporciones. En la citada entrevista, a la pregunta inicial por la cantidad, ¿cuántos de los 26.000 estudiantes lo son de veras?, el rector de la Sorbona calcula que entre el 10 y el 15 por ciento son false students que se matriculan para tener seguridad social y carné; es decir, para pasar el rato. Curiosamente, tales eran los cálculos de Antonio Tovar en 1968 en su libro *Universidad y educación de masas*: un 10 ó 15 por ciento sale adelante, a pesar de las deficiencias de nuestro sistema educativo; “hay quizá otros tantos por debajo de lo normal” que ni con buenos profesores; y “habrá que salvar a ese setenta por ciento de estudiantes que vegetan sin estímulo en nuestros centros oficiales y privados” (pág. 92). Pero en 1968 íbamos a la universidad el 5 por ciento de la cohorte: aunque empezaba a hablarse de masas, éramos cuatro gatos... juntos, eso sí. Y todos, no, claro; pero muchos íbamos a clase con entusiasmo y estudiábamos duro, ya lo creo. ¿Hoy? “Estamos matriculados 80, pero asistimos 40 o menos”, me dicen estudiantes desolados de cuarto y quinto. Ahora bien, si fueran 40 en

clase, ¿no asistirían 30? Si fueran 20, como suelen en otras universidades occidentales, ¿no vendrían casi todos? Si tuvieran menos horas de clase, si hubieran pagado verdaderamente por su matrícula, ¿habría que pasar lista? Ítem más. En 1914, el reglamento de las Escuelas Normales decía que “en ninguna clase podrá exceder de 50 el número de alumnos o alumnas” (art. 23). El reglamento de 1950 establecía en su art. 3º que el promedio de matrícula no debía exceder de 60 por cada curso, y la asistencia a clase —art. 71— era obligatoria, como en Harvard o en la academia militar de West Point. (En mi curso éramos algo más de 30 y yo falté una tarde a clase en tres años para ver Horizontes de grandeza, cuyo título era irresistible.) En la Roma del seiscientos, en su escuela gratuita, no obligatoria, san José de Calasanz estableció que un maestro puede atender ad summum a 50 discípulos. ¿Esperaremos a que Bolonia nos diga todo lo que tenemos que hacer?

Algunas de nuestras debilidades son endógenas, desde luego, porque se trata de condiciones establecidas por la Junta de Facultad, por la Universidad, por el Consejo Social, por la Consejería de Educación. (A una alumna de Dinamarca, viva imagen de la felicidad, le pregunto cuántas horas semanales tiene en su país. Y al decirme que ocho, le digo que ocho horas hemos dado nosotros al día; de lunes a viernes. Luego, al comentarlo con ex alumnos en el pasillo, uno me ofende sin darse cuenta: “¡No me lo creo!” ¿En qué país vivimos?) Cuando le hacen al rector de la Sorbona la pregunta tópica, si pueden las universidades llegar a ser motor de cambio para Francia, dice bien: “Pueden, pero creo que también debemos pedir más a la primaria y a la secundaria.” Así es, en efecto. Sin duda deberíamos cuidar más la base del sistema educativo.

Y que nuestra enseñanza secundaria funciona regular, ¿quién lo ignora? En este tiempo de hechos diferenciales subrayados hasta la náusea, de realidades nacionales inventadas —el Partido Andalucista dice que Andalucía es una nación—, el informe PISA ha vuelto este 2006 a certificar lo que comprobamos cada curso: que nuestros quinceañeros se mantienen por debajo de la media europea. ¡Diferencia contumaz! Es lo malo de las comparaciones, y por eso pueden ser odiosas, porque alguno queda en evidencia. Y como sólo se explica bien comparando, que dice Durkheim, resulta que nuestros adolescentes leen peor, saben

menos, en suma, hay menos excelencia que en otros países del entorno. ¿Cómo así? Veamos algunas posibles causas.

A lo que yo entiendo desde hace mucho, los escolares de la enseñanza secundaria están cursando demasiadas materias y andan sobrados de horas de clase; la Educación para la Ciudadanía que propone la pedantocracia educativa socialista puede ser otra asignatura de más (cuyo lugar propio se halla entretejido en las asignaturas todas). Pero el desmadre ya empieza a verse. Acaso precisamente por la numerosidad de asignaturas, muchos jóvenes no aprenden a “comportarse”, y su conducta se diría heterónoma. Casi siempre en compañía, parecen imantados, y suelen ir juntos: a hablar con el profesor, al cuarto de baño, pendientes del móvil; el botellón es el más extraño punto de imantación. Si al abuelo lo obligó su padre a ordeñar vacas a los cuatro o cinco años, el nieto está “fijado” por el grupo coetáneo, depende de él, y si para nosotros la Conducta era nota principal en el Libro de Escolaridad, para no pocos jovencitos la “educación” se ha convertido en la quinta rueda del carro. Si se combina este factor con la brevedad menguante del año lectivo secundario, resulta un desastre anunciado, porque muchos escolares ya no están preseleccionados por su familia ni por sí mismos. Y no yéndoles la vida como a nosotros —al revés, su familia es fondo de garantía—, se chotean, y su choteo se contagia y cunde. Con menos necesidad, parece que hubiera menos virtud. Tal vez por eso a los dieciséis años, cuando la obligación termina, la devoción se extingue en España en mayor proporción y hace abandonar, no a unos cuantos, menos del 20 por ciento de cada cohorte en la Unión Europea, sino a muchos más. Los españoles entre 18 y 24 años, últimos frutos de un sistema educativo desconcertante, han completado la educación secundaria en porcentaje menor que en los países que nos rodean; y sin embargo, otros se matriculan en la universidad con una frecuencia mayor. Si por cada 100.000 habitantes Alemania tiene 2.619 estudiantes universitarios, Italia 3.156, Francia 3.378, Reino Unido 3.489, España supera a todos con 4.464 alumnos matriculados. “España tiene más universitarios que Francia pero gasta menos que ellos”, titulaba El País el uno de diciembre de 2005 al dar estas cifras. Los escolásticos decían que la cantidad es el accidente radical. Con menos dinero —del Estado y del alumno—, nosotros

organizamos más asignaturas y cursos más numerosos. Extraña organización.

Y otro grave problema pendiente es la negligida función directora de que adolecen los centros de enseñanza pública. Porque en la escuela privada —donde estudiaron la ministra de Educación y tantos ministros de este Gobierno y de otros— no hay negligencia, y dirige un profesional que permanece y dura. Esa profesionalidad, que se estila de antiguo en la escuela pública europea y norteamericana, ¿por qué se ignora en España con alevosía? La escuela concertada —ni privada ni pública— no es en esto tan desconcertante y cuida esa función principalísima. Pero nuestros colegios e institutos públicos se organizan sin sentido común profesional; no funcionan con toda su potencialidad con directores de quita y pon, y la disciplina depende sobre todo de la buena voluntad de alumnos y profesores. Hay principios de organización que deben aplicarse inexcusablemente, aquí y en Harvard, así en lo privado como en lo público. ¿Por qué las leyes de Educación, tan prolijas, pasan por alto lo esencial? ¿Por qué no se concierta de verdad la enseñanza pública primaria y secundaria, incluido el bachillerato, abriendo en setiembre el mismo día, a la misma hora, como se hace de Irlanda a Ucrania, de Finlandia a Italia? ¿Cuánto tiempo vamos a sostener compartimientos estancos y diferenciaciones anacrónicas que debilitan el sistema entero?

De modo que cuando se dice que muchos niños actuales proceden de familias desestructuradas —causas exógenas, tan frecuentes—, aceptémoslo de buen grado, pero ¿qué estructuración encuentran en la enseñanza pública, que tantos docentes por nada del mundo ingresan en su centro a sus propios hijos? ¿Cómo es que el escolar español, de principio de primaria al final de la universidad, suele descansar cuando sale fuera de España? ¿Por qué fuera el fracaso es menor; como debe ser, más excepcional?

Dice Ortega en *Misión de la Universidad*: “Principio de educación: la escuela, como institución normal de un país, depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros. Sólo cuando hay ecuación entre uno y otro aire la escuela es buena.” Hablemos, para terminar, de la circunstancia, circunstancia, del aire público.

## *El aire público*

El año pasado, el 7 de octubre, algún obstáculo no permitía circular, cuando me faltaban unos metros para entrar en mi cochera. Los atascos son el duro pan de cada día, pero aquel fue el momento elegido por alguna autoridad para clavar postes e instalar las colgaduras preparatorias de las luces de Navidad. Me indigné y escribí una columna, “Navidad en octubre”, que ABC publicó unos días después en las páginas locales. Llevábamos unos días de clase y ya nos querían imbuir el espíritu navideño o distraer con festejos municipales. Al final, mi calle se quedó sin luces.

No se trata, pues, creo, de que la ley de Educación, esta o aquella, no hable del esfuerzo, que también: se trata de que muchachos con capacidad de aprender —la norma, según el buen Quintiliano de Calahorra— lo tienen más difícil en un aire de fiesta constante; como sabían los romanos, *leges sine moribus vanae*. Las leyes son vanas sin las costumbres, y muchos niños crecen sin tranquilidad, en un ambiente de charanga y pandereta. ¿En hogares desestructurados? A decir verdad, padre y madre trabajan a veces tan estructurada y compasadamente que ni ven a los hijos, cuyos horarios de guardería se prolongan como los suyos. En 1919 se decretó en España la jornada máxima de ocho horas, o de 48 a la semana; pero después de un retraso consuetudinario femenino, a comienzos del siglo XXI suelen trabajar ambos progenitores el día entero y parte de la noche; de suerte que el niño de la llave, como se dice, crece y se educa de espaldas a ellos. Aunque PISA no lo vea, hemos llegado a ser campeones en varios terrenos. Por los mismos días en que Fernando Alonso se convertía en campeón mundial de Fórmula 1 y recibía el premio Príncipe de Asturias de los Deportes en su tierra natal, saltaba la noticia de que España es el país con mayor consumo de cocaína del mundo. Adelantamos a Estados Unidos, que encabezaba de antiguo tan triste ranquin. A la cola, con el menor consumo, se halla Finlandia, que —acaso por lo mismo— tiene los mejores escolares del planeta. Y después de saber que los universitarios suelen conformarse con los apuntes (apuntes ajenos, pues que ni van a clase), este verano hemos sabido que España va a la cabeza de Europa, incluso por delante de Estados Unidos, en consumo de contenidos móviles.



Otras noticias dicen que pierde la televisión, tan vigente desde los años 60, pero ganan móviles y consolas. Hace treinta años los psiquiatras aconsejaban a los padres que no fueran tan estrictos, pero ahora insisten en la necesidad de no ser tan laxos, de que deben ponerles límites. Es decir, si antes había vigilancia y sobreprotección, hoy vige la indiferencia, cuando no el abandono. (A una observación, un chico del siglo XXI nos soltó un día: “A mí nunca me han dicho lo que tengo que hacer.” Nos dejó estupefactos a todos. Cuántas veces habremos oído en nuestra infancia: “¡Niño, ten cuenta!” Pero ya no se oye tan sabroso giro.) Y abandonados, a falta de padres y de pautas, se buscan entre ellos, física o virtualmente, y se videoconsuelan con la videoconsola. Podríamos hablar de cánones posmodernos a la española.

Decía en mi artículo anterior que los bares más numerosos de Occidente usufructúan la calle con permiso de la autoridad y de la costumbre; los más numerosos, con circunstancias agravantes: ruidos brutales, precios irrisorios contraproducentes, horarios desproporcionados. Olvidé que los bares ocupan la vía pública, pero no sólo la anchura de su fachada, que rebasan por ambos lados, y si las mesas y las sillas siguen pariendo, se tocarán unas con otras y nos ahogaremos todos. Esos veladores de veladas interminables, sin límites de espacio, ni de tiempo, ni de decibelios; ese maremoto cotidiano que, prohibiéndose madruguar, adviene a prima noche y después (“después de prima rendida”, leemos en Juan Rufo, un clásico cordobés), ¿no es exagerado? Algunos españoles identifican sin más las vociferaciones con la felicidad; asocian la calidad de vida con la cantidad de ruido — como antaño se asociaba el humo del tabaco a la virilidad— y, llegado el caso, hay que apelar a tribunales de justicia de fuera de España para que el ruido de bares y pubs no prevalezca sobre el fundamental derecho al silencio. Con la patraña de nuestra idiosincrasia, a los Ayuntamientos les parece bien permitir y aun fomentar esos disparates —como si la buena educación fuera menos idiosincrásica, menos española que la chabacanería—, y se taponan la vía pública con sillas y mesas que impiden la holgura, con quioscos de loterías y de pipas, con paradas excesivas de autobuses, que paran la circulación y contaminan el universo. En España, no sé si más en Andalucía, desde el jardín de infancia, el ruido parece costumbre protegida.

¿Universidad de masas? Ya es, por fortuna, un lenguaje olvidado, dice Lamo de Espinosa. “Massenuniversität —concluye Hörisch— ist eine contradictio in adjecto.” Y prosigue: “Docentes que no conocen a sus estudiantes, y estudiantes que no encuentran posibilidad alguna de conversar con sus docentes, conducen a la universidad ad absurdum...” Pero Ortega demostró para siempre que uno es masa si lo prefiere, si se abandona; que puede dejar de serlo si se lo propone. Y sin duda nuestros jóvenes, universitarios o no, se masifican en el sentido estricto: se juntan ya el primer día de clase, atrás, y dejan media aula vacía delante, como para marcar el territorio, como para advertir su indisposición, acaso su minima libido sciendi. La fuerza de la masa crítica puede medirse por el nivel de timidez de los educados que quedan: unos cuantos respetuosos han aprendido el nuevo papel y se sientan (se sienten) perplejos y mudos ante la masa poderosa que campa a sus anchas; sólo en privado parecen ellos mismos. De los efectos de la cantidad habló Simmel con finura, y ya sabemos que los hombres pierden calidades al juntarse. Si Georg Simmel descubrió la estupidez in corpore, los romanos lo amonedaron en un proverbio perfecto: Senatores omnes boni viri, senatus romanus mala bestia. Como si dijéramos: los senadores podrán ser buenos varones, pero el senado romano junto es una mala bestia.

Terminemos. Al cierre de 2005, España contaba con 23.209.842 viviendas, una por cada dos habitantes. Con este dato nos dan también el número de personas que viven en cada hogar, número decreciente en los últimos años, pero falta la cifra de metros cuadrados por persona: una cifra pequeña que refuerza, si es que no justifica, el vivir fuera de casa. Pues ¿cómo con tantas viviendas (tres o cuatro millones, vacías) los españoles son con mucha diferencia los europeos que más acuden a manifestaciones de protesta? (Entre paréntesis, que en el País Vasco se hallen en manifestación callejera constante, ¿no es clara señal de que son buenos españoles?) Sabemos de algunos que van a todas, sin importarles el contenido de la pancarta. Pero si sumáramos a los pisos chicos la superficie de los bares, saldrían otras cuentas y tocaríamos a más metros por cabeza; y si pensamos en las sucursales bancarias —otro récord español que salta a la vista— y en las inmobiliarias, se comprende que no quede hueco para

otras necesidades; se comprende que los pisos suban con tanto intermediario.

En 1913, cuando llevaba unos meses viviendo en Baeza, que había pedido huyendo de Soria, Antonio Machado escribe “El mañana efímero”, el famoso poema que casi todos aprendimos de memoria; el que empieza con “La España de charanga y pandereta”, una España que le choca después de la culta Soria. Pero hoy sabemos que se trata de una parte de España: de andaluces, castellanos, etcétera. El poeta se refiere a unas gentes que (escribe a Unamuno) tienen el alma absolutamente impermeable; gentes que pesan y hacen ruido y que ahora parecen haber tomado posesión de la televisión pública, a juzgar por el contenido repugnante de muchos programas. Y va uno a cualquier sitio, y halla música horrisona, acaso contertulios conversando simultáneos en la radio, con lo que hablar se convierte en una proeza. Diga uno lo que quiera, la respuesta esperable es “¿Qué?” De manera que podríamos recitar: “La España de barullo y discoteca, / festejo y compañía, / devota de la tele y de mamita, / de espíritu burlón y de alma quieta...”. Donde hay risa y burla (Machado lo aprendió en Bergson) hay indiferencia, insensibilidad.

Sin pesimismo, con su perspicacia habitual, Julián Marías, buen conocedor de la historia de España, no deja de ver nunca la empresa común. Leamos en *Meditaciones sobre la sociedad española*: “Yo creo que la empresa que se presenta imperativamente a España, la que la sociedad española va, mal que bien, realizando, es su movilización total. España ha solido vivir por debajo de sí misma, quiero decir incorporando a la vida histórica una fracción de su totalidad. Despoblados y barbechos han sido las imágenes típicas de una forma de abandono” (*Obras*, VIII, 254). En este casi medio siglo, nos hemos desarrollado considerablemente. El nivel europeo de la “inmensa minoría” pertenece ya a la mayoría de la población española — muy principalmente, a las mujeres— y en definitiva somos, desde hace mucho, sociedad de clases medias, para decirlo con un título de Salustiano del Campo en 1989. Pero quedan algunas reservas de personas difíciles de permear.